

— Para reasumir, en una palabra, mi falta de méritos: no poseo ni uno de todos los relacionados con lo campestre.

— Válgame el cielo, señor Francis Osbaldistone: ¿qué sabéis, pues, hacer?

— Poca cosa buena, miss Vernon. Sólo cuando mi potro está ensillado, sé mantenerme firme, y cuando está mi halcón dispuesto, sé hacerle volar.



— Ahora lo veremos: — dijo, poniendo al trote su cabalgadura.

En aquel sitio una barrera, formada con fragmentos de madera y flanqueada por un gran seto cubierto de matorrales, nos cortaba el camino. Adelantéme para franquearlo, cuando miss Vernon superó el obstáculo haciendo pegar un rápido salto á su bruto. Fué para mí cuestión de honra el imitarla, y en un instante encontréme á su lado.

— ¡Vamos! — exclamó ella. — Aun queda algún recurso. Temía que fueseis un Osbaldistone muy degenerado. Pero ¿quién ha podido guiarnos á nuestro corral, como apellidan los

vecinos á nuestra casa de cazadores? ¿Supongo que hubierais podido pasaros sin ella?

Esta nueva pregunta me ofrecía ocasión de colocarme, respecto á mi deliciosa compañera, en el pié de intimidad que parecía provocar mis confianzas. Por ello contesté á media voz:

— En verdad, querida señorita, que me sintiera tentado á considerar como dura penitencia mi estancia en el castillo, si sus moradores fueran tales cuales los describis. Pero existe, seguro estoy de ello, una excepción que basta á compensar el desagrado.

— ¡Ah! ¿Aludis á Rashleigh?

— Precisamente á él... no. Pensaba... perdonad... pensaba en alguien menos apartado de mí.

— ¡Un cumplido! Sería de buen tono fingir no entenderlo; pero mis ideas sobre el particular son otras, y si no os dirijo un ceremonioso saludo, es porque voy montada. Por lo demás, y bromas aparte, merezco una excepción, porque soy en el castillo la única persona con quien se pueda pasar el rato, excepción hecha del anciano presbítero y de Rashleigh.

— ¡Por Dios! ¿quién es ese Rashleigh?

— Un caballero que quisiera que todo el mundo se le pareciera para parecerse á todo el mundo. Rashleigh es el menor de los hijos de sir Hildebrando; de edad igual á la vuestra, poco más ó menos, aunque no tiene como vos... En fin, que no paga con su figura. La naturaleza le ha dotado de una pizca de buen sentido, y el seminario de una carretada de instrucción. Es lo que, entre nosotros, se llama un gran sabio, en un país en que los sabios escasean. Piensa dedicarse á la Iglesia, pero no tiene impaciencia alguna para ordenarse.

— ¿A la Iglesia católica?

— Claro está. ¿A qué otra, sinó?... Pero olvidaba... Se me ha dicho que sois hereje. ¿Es verdad?

— No sabría negarlo.

— ¿A pesar de haber residido en el continente, en países católicos?



— Unos cuatro años.

— ¿Habéis visitado conventos?

— Muchos, y en ellos no he notado gran cosa en elogio de su religión.

— Los que habitan en ellos ¿no son felices?

— Los hay, pero son en corto número aquellos á quienes un sentimiento de profunda devoción, el disgusto de las tribulaciones y de las miserias mundanales junto con una apatía natural de carácter ha lanzado al retiro. Otros hay que se han decidido por la reclusión en un momento de inmoderado entusiasmo ó en un acceso de arrebato ocasionado por una contrariedad ó por una desgracia. Estos son desdichados. La nostalgia les sobreviene con los recuerdos de otros días, y, parecidos á las bestias salvajes enjauladas, una necesidad continua de agitación les devora, en tanto que sus vecinos sueñan ó engordan pacíficamente en cárcel no menos estrecha que la suya.

— Y ¿cuál es la suerte de las víctimas condenadas á reclusión por extraña voluntad? ¿Qué sería de ellas, sobre todo si su origen las llamara á disfrutar de la vida y á gozar de los favores de ésta?

— Parécense á aves en la jaula. Reducidas á consumir su existencia en un encierro, procuran ilusionarse con el cultivo de talentos afortunados que, á dejarlas libres, hubieran sido ornamento de la sociedad.

— Seguiré el ejemplo... — respondió miss Vernon — es decir — añadió, rectificando, — preferiría no seguir el del halcón que, privado de desplegar libremente sus alas, se desgarrá contra los barrotes de su jaula. Pero volvamos á Rashleigh; — continuó, en tono más alegre. — Nunca habréis visto hombre más amable... por durante una semana, á lo menos. ¡Ah! Si se decidiera á casarse con una ciega, nada tendría que temer en su conquista! Por desgracia, la vista destruye el encanto del oído... Hétenos en la cuadra del vetusto caserío, cuyo aspecto es tan salvaje y pasado de moda como el de sus dueños. Aquí no se hacen grandes dispendios para el tocado, como presumiréis de seguro: no obstante, fuerza es que me descargue de

todos estos arreos, que calientan demasiado... Además, este sombrero me lastima la frente.

Descubriéndose, la amable niña sacudió los mil bucles de su negra cabellera y, entre risueña y ruborosa, separólos con sus blancos y afilados dedos, poniendo al descubierto un rostro encantador y unos ojos negros y vivos. Si había en sus gestos algo de coquetería, la negligente simplicidad de sus modales no permitía notarlo.

Se me escapó el decirle que, á juzgar de la familia por lo que de ella veía, el tocado sería, en mi concepto, una precaución muy supérflua.

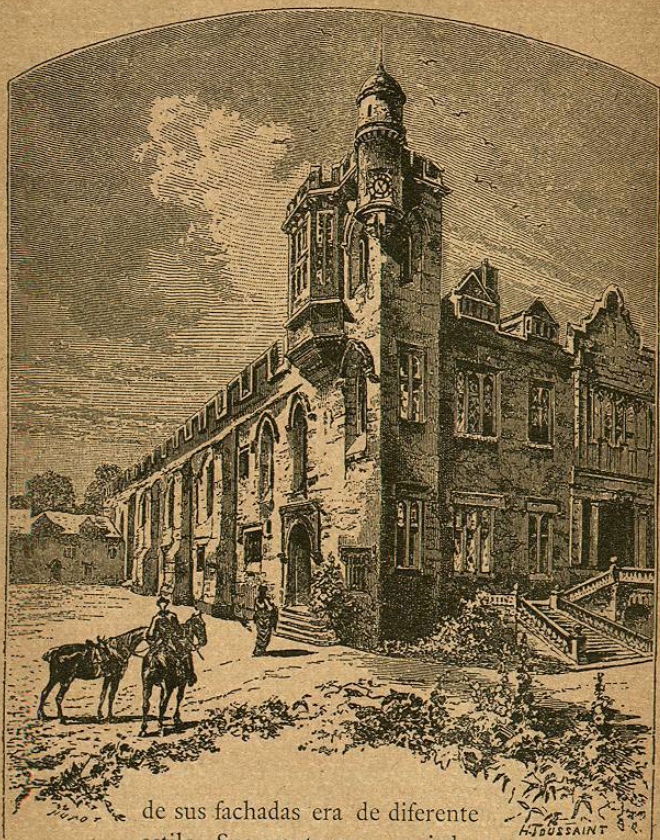
— Ese es cumplido de última novedad; — respondió, — aunque fuera tal vez más conforme al bien parecer hacerse la sorda. Mejor excusa hallaréis para mi poquito de negligencia después de conocer á los oseznos entre los cuales váis á vivir. El arte sería impotente para cambiarles la naturaleza. En breve la vieja campana anunciará la comida: campana cascada desde que tocó sola, con triple repiqueteo, el día del desembarque del príncipe de Orange, y que mi tío, por respeto á su talento de adivina, no ha consentido jamás en que se reparara. Ea, galante caballero: cuidad de mi palafren hasta que encuentre yo escudero más humilde que os alivie de semejante molestia.

Presentóme la brida como la hubiera presentado á un antiguo amigo de infancia; apeóse, atravesó la cuadra con ligero andar y desapareció por una puerta baja.

Su salida dejome sumido en la admiración de sus hechizos, y bastante desorientado por el desembarazo natural de sus maneras tanto más chocantes en cuanto estábamos en una época durante la cual las leyes de la etiqueta, partiendo de la corte del gran rey, prescribían al bello sexo un excesivo comedimiento. Aguardando, estaba hecho un tonto en mitad de aquella vasta cuadra, plantado sobre mi caballo y sujetando al otro por la rienda.

El edificio no me hubiera ofrecido cosa alguna que pudiera llamar la atención de un forastero, á haberme hallado en situación de examinarlo. Tenía la forma de un cuadrado y cada una





de sus fachadas era de diferente  
estilo. Sus ventanas, enrejadas

y con jambas de piedra, sus agudas torrecitas y sus macizos arquivadros dábanle el aspecto del interior de un claustro ó de uno de los más antiguos y menos hermosos colegios de Oxford.

Llamé, pero nadie acudió, irritándome más y más el servir de objetivo á la curiosidad de la servidumbre. Cabezas de hombres y de mujeres asomaban, alargándose, en muchas ventanas y se retiraban súbito, como conejos en sus madrigueras, no bien volvía yo la vista hacia ellas.

El regreso de los cazadores y de la jauría me sacó de apuros; pero no sin algún trabajo conseguí que un majadero criado se encargara de los caballos, y que otro me acompañara á la presencia del dueño de la casa. El palurdo desempeñó su cometido con la galantería de un rústico obligado á guiar una patrulla enemiga, siéndome indispensable no perderle de vista para impedirle que me abandonara en aquel dédalo de corredores bajos y abovedados que desembocaban en lo que él llamó *salón de piedra*, donde debía yo ser conducido á la graciosa presencia de mi tío.

Llegamos, por fin, á dicho salón, que era largo, abovedado y construido con sillarejos de piedra. Allí, sobre una hilera de recias é inmutables mesas de roble, iba á servirse la comida.

Aquel venerable salón, teatro de las alegrías de muchas generaciones de la familia Osbaldistone, testificaba asimismo las hazañas venatorias de la misma. Gigantescos fragmentos de ciervo, trofeos contemporáneos tal vez de las famosas querellas entre Percy y Duglás, colgaban en las paredes entre pieles de zorros, de tejones, de nutrias, de martas y de otras bestias salvajes. Al lado de las armas de la antigua caballería, que habían servido para guerrear contra los escoceses, veíanse otras más conformes con los pasatiempos de un castellano, tales como ballestas, escopetas de toda clase, redes y cañas de pescar, venablos y otros muchos curiosos instrumentos destinados á cojer ó á matar la caza. Figuraban, además, algunos cuadros ahumados y ensuciados por manchas de cerveza, representando señores y damas, celebridades de otros tiempos, los unos con luengas barbas ó enormes pelucas, y fijos obstinadamente los ojos de ellas en la rosa que sostenían en sus manos.

Apenas si tuve tiempo para pasear mi vista al rededor del salón. Doce lacayos, en librea azul, precipitáronse allí en tropel, más ocupados en darse órdenes reciprocas que en cumplir sus respectivos deberes. Amontonáronse cabe el hogar haces y troncos de leña; presto chasqueteó la lumbre, chisporroteó y se sumió, formando torbellinos de llama y de humo, en un conducto bastante ancho para poderse colocar en su remate un



banco de piedra. Sobre la cubierta de la chimenea, (construcción pesada y hecha de una sola pieza de granito rojo, que los siglos engrosaran con una capa de hollin,) un artista del país había esculpido los monstruos de un escudo de familia en actitudes erguidas y gesticulantes.



Unos criados trajeron enormes platos repletos de manjares sustanciosos; otros, vasos, frascos y botellas con un arsenal de licores. Fué aquello una zarracina indescriptible de choques de codos y de espaldas, de pisotones, de atropellos mútuos. En suma: mucho ruido y pocas nueces.

Tantos esfuerzos discordantes produjeron el resultado apetecido: la cena quedó, por fin, dispuesta sobre la mesa. Entonces comenzó una bataola de voces de hombres y de perros, mezclada con los chasquidos del látigo, los enérgicos juramentos y el sordo ruido de las botas de montar, cuyos pasos lentos resonaron sobre el pavimento como los de la estatua del Comendador en *El festín de piedra*. Tamaño alboroto anunciaba la llegada de aquéllos en honor de los cuales se había dispuesto todo. Momento crítico y que, en vez de producir la calma, pareció ele-

var al colmo la desazón entre la servidumbre. Unos gritaban: «¡ Despachad de una vez! » Otros: «¡ No tan aprisa! » Aquí se pretendía despejar el camino para hacer lugar al amo y á sus jóvenes hijos, y allá agrupábanse al rededor de la mesa, obstruyendo el tránsito. Crecía una disputa para decir si debía permanecer cerrada ó bien abrirse la gran puerta de dos hojas que separaba el comedor de una especie de galería de negro maderamen.

Por fin se abrió la puerta y dió ingreso á ocho perros, al cura de la casa, al médico del lugar, á mis seis primos y á mi tío, que entraron sin orden alguno.

